
POR LA RECONVERSIÓN IDEOLÓGICA DE LA IZQUIERDA

Enrique Gomáriz

análisis y debate



5

Algunas veces es útil iniciar un texto adelantando qué motivaciones han provocado su redacción. En esta oportunidad se me ocurren tres. La más antigua procede del deseo de ordenar unas notas hechas con motivo de la presentación que sobre la problemática de paz y seguridad efectué en el encuentro *La cultura española ante el nuevo siglo*, organizado por la Universidad de Salamanca (28-31 de marzo de 1984) donde, al discutir sobre las relaciones entre la política tradicional y nuevos movimientos sociales, apunté la idea de la necesidad de una reconversión ideológica en la izquierda. La motivación siguiente procedió del conocimiento de la presentación que hizo Ludolfo Paramio en el mismo encuentro de Salamanca publicado en dos pedazos: primero *El País* («Por una política desencantada»), y después en *Leviatán*, n.º 15 («La utopía hecha pedazos»). El impulso más reciente lo he recibido al escuchar el discurso de Nicolás Redondo, secretario general de UGT, en el Congreso Extraordinario de las Juventudes Socialistas (septiembre de 1984). En su intervención, Redondo regresó varias veces a la misma idea: ante las dificultades de la crisis, ¿cuál es la política de izquierdas, cuál es su discurso? Para, de forma recurrente, autocontestarse: hemos de discutirlo de una vez por todas.

Naturalmente —podrá decirse— para hacerlo será necesario primero recuperar la malsana costumbre de discutir las ideas de forma colectiva. Recuperar la discusión política con ambiciones. Incluso me atrevería a decir que recuperar la discusión teórica rigurosa. Algo que muchos dan definitivamente por perdido tras el acceso a la Administración del Partido Socialista. Y no porque los responsables políticos lean menos: simplemente se ha producido la *dossierización* de su lectura. Ahora se trata de enterarse rápidamente de cualquier asunto que preocupe (algo que se nota frecuentemente, en especial bajo el síndrome del *nuevo rico* en el lenguaje).

Y, sin embargo, sin la práctica del juego de las ideas, ¿cómo resultará posible aquello de «diseñar el futuro y preverlo» que el propio PSOE dice en su documento de estrategia? En realidad, la pobreza de la discusión política y teórica de la izquierda en general y del socialismo en particular, es lo que está detrás de las carencias que menciona Ignacio Sotelo en «Poder Institucional y hegemonía social» (*Leviatán*, n.º 16).

La herencia del pasado

He de advertir que la idea de reconversión me surgió como producto del solapamiento y/o la acumulación de las políticas sectoriales que hay que introducir en la política tradicional. Es decir, después de haber pasado un período en el que se encontraba satisfactoria la respuesta a las nuevas exigencias que supone la introducción y ajuste de políticas sectoriales al tronco tradicional, he acabado cuestionando la validez del resultado y he comenzado a pensar que, desde una perspectiva de conjunto —*holística*, como dice Harris—, lo que hay que hacer es una reordenación general de los programas de la izquierda, que guarda correspondencia con una necesaria reconversión ideológica ¹.

Y el término reconversión me parece muy apropiado —a pesar de sus connotaciones negativas— precisamente en el sentido que tiene en política económica. Si uno acude a la enciclopedia, se trata de «*el proceso por el cual la economía de un país o un factor de producción se adapta a unas nuevas condiciones técnicas, políticas o sociales*». Ahora bien, como saben nuestros economistas, lo primero que hay que hacer para iniciar una reconversión es delimitar con alguna precisión el área afectada a fin de evitar dolores inútiles.

En el texto de Paramio este área tiene como centro nodal —en el conjunto de la herencia cultural— el mito de la sociedad reconciliada. «*Es necesario abandonar la ilusión central en Marx según la cual un cambio en el modo de producción permitiría la conciliación de la ordenación social con las exigencias de una naturaleza humana explícita o latente, y consiguientemente es preciso olvidar el mito de una sociedad reconciliada y transparente que habría sido el origen de la historia humana y debería ser su inevitable o cuando menos deseable culminación*». Pero, atención, si admitimos eso «*debemos reconocer que la utopía ha saltado hecha pedazos*» ².

Más allá de lo enfático de esta última afirmación, surge inmediatamente un abanico de preguntas: ¿Es la *utopía* el mito de la sociedad reconciliada, es decir, del regreso a un orden ideal perdido? ¿O más bien la idea de *utopía* se refiere a la consecución de ese orden ideal, haya existido o no con anterioridad? ¿Qué importancia tenían en el pensamiento de Marx, la primera y la segunda cuestión?

Aunque regrese más adelante al asunto del fin de la utopía, valgan ahora unas respuestas apresuradas: tanto si acudimos a las imágenes de la opinión pública común, como si nos remontamos a Moro, *la utopía* es esa sociedad ideal, que significa la nega-

ción de los sufrimientos del orden en que se vive y el acceso a la felicidad general. Pero, atención, si admitimos eso debemos reconocer que *por definición* la utopía gozará *siempre* de excelente salud... a menos que aceptemos como buena la situación establecida.

Por otra parte, en cuanto al pensamiento de Marx, es bastante discutible que el mito de la sociedad reconciliada fuera algo importante, y mucho menos que lo fuera durante mucho tiempo³. Pero lo que sí está fuera de duda es que la tensión hacia una sociedad utópica atraviesa toda la obra de Marx.

Esto no significa que carezca de crítica su idea de utopía. Pero más bien por otros caminos. Dos me parecen los más importantes. Uno hace referencia a la ansiedad del alemán por dar forma acabada a esa sociedad ideal, colocándola como alternativa inmediatamente siguiente al modo de producción capitalista. El otro se refiere a la confianza en el sentido progresista del desarrollo de las fuerzas productivas, como se ha dicho tantas veces, a la idea ilustrada del *progreso* tan tentadora para Marx.

En primer lugar, tratar de aferrar firmemente la imagen de la sociedad utópica es, cuando menos, un esfuerzo inútil. Siempre que corra el tiempo —y hoy con cincuenta años es suficiente— las condiciones nuevas habrán cambiado multitud de características concretas. Eso no significa que en cincuenta años más los ejes de la sociedad utópica sean todos distintos —y mucho menos aún que haya muerto la utopía—, pero no hay duda que algunas de las características imaginadas entonces, hoy, como poco, nos harían sonreír.

Así, como dice Jost Herbig, «*la utopía hace más bien referencia a un camino que a un posible estadio final*»⁴. Tenemos una idea aproximada de esos deseos de armonía social e individual y eso nos ilumina el camino. Pero no nos hagamos ilusiones: el tremendo haz de luz de nuestros potentes focos apenas alcanza los cien metros. Y aún hemos de considerarnos afortunados con los avances que hemos hecho desde hace dos siglos para poder ver lo que hay ante nuestras narices (y en eso sí que hay que agradecerle algunas cosas a Marx).

Pero, ¿saber algo —poco o mucho— del modo de producción capitalista permite imaginar la llegada de una sociedad utópica? Pues la verdad, no mucho... y, sin embargo, he ahí la paradoja, también hay que agradecer los esfuerzos en ese sentido. Todo consiste en saber que nuestra visión tiene límites.

En todo caso, Ludolfo Paramio tiene razón cuando utiliza el ejemplo de los países del Este para advertir que los caminos —incluso de abandono de la sociedad capitalista— pueden tener derivaciones no precisamente utópicas.

Dicho brevemente, no ha muerto la utopía, pero sí el mito de que la suspensión del modelo de producción capitalista abre irremediablemente el camino hacia la sociedad utópica (incluso si no queremos llamarle a ese camino socialismo y a la meta final comunismo).

Y esto conecta con la tentación marxiana del progresismo de las fuerzas productivas. Pero antes de seguir hagamos justicia con Marx. Porque es cierto que, a la idea de que el desarrollo de las fuerzas productivas destruía las relaciones de producción (que habían permitido ese desarrollo), Marx ponía frecuentemente cláusulas condicionales. En los *Grundrisse*, que es donde Marx hace reflexiones intermitentes sobre el desarrollo desde una perspectiva económica, construye frases como ésta (subrayados míos): «*Hasta aquí todas las formas de sociedad han sucumbido al desarrollo de la riqueza o —lo que viene a ser lo mismo— al desarrollo de las fuerzas productivas*». O más concretamente, para

acceder a la nueva sociedad: «...es preciso que las condiciones de producción determinadas dejen de aparecer como trabas al desarrollo de las fuerzas productivas»⁵.

¿Y en el caso de que las relaciones de producción resistan el empuje de las fuerzas productivas? Incluso aceptando este esquema, hay dos dificultades en el discurso marxiano. Una, que Marx siempre piensa en términos de trabas, frenos y estancamientos en las fuerzas productivas. Como se sabe, puso el ejemplo de las regiones del Este que, con un desarrollo poderoso hasta el XVII, no superaron las estructuras políticas feudales y se sumergieron en un atraso profundo hasta bien entrado el XIX. Marx incluso habla de *descomposición* de las sociedades si sus relaciones de producción ahogan las fuerzas productivas.

La otra dificultad es que, en general, Marx ve las fuerzas productivas como vectores ciegos —ni positivos ni negativos— que simplemente *empujan* las relaciones de producción. Hoy sabemos que no existe la inocencia política de las fuerzas productivas, sino que —como vio Marcuse— «*por el contrario, el resultado histórico de la actividad científica y técnica ha posibilitado la traducción de los valores en la tareas técnicas —la materialización de los valores—. A lo que conduce, por consiguiente, es a la redefinición de los valores en conceptos técnicos como elementos del proceso tecnológico. Los nuevos fines entrarían entonces en funcionamiento como fines técnicos en el diseño y construcción de la máquina y no sólo en su utilización*»⁶.

En suma, Marx no imaginó dos cosas: que la eliminación de la propiedad privada de los medios de producción pudiera dar lugar a sociedades muy distintas de la socialista (para él las sociedades de este tipo eran de carácter precapitalista, o bien se produciría el estancamiento y la descomposición); o que las fuerzas productivas se desarrollaran a límites insospechados pero cambiando de carácter —de signo—, y amenazando así no sólo las sociedades más desarrolladas, sino, simplemente, a toda la humanidad.

Presente y futuro

Cuando se trata de responder a la sencilla pregunta de ¿dónde estamos?, es frecuente encontrarse con dos actitudes extremas. Los partidarios de la *nueva ciencia lúgubre* (Harris), que poseídos por la teoría entrópica nos conduce al triste y definitivo final (o, simplemente —y menos científicos— los aulladores del apocalipsis). Y los que no reconocen los peligros en toda su gravedad, en la mayoría de los casos porque practican el ejercicio de mirar hacia otro lado, o simplemente por falta de información⁷.

Paramio se pregunta si lo único que puede recomponer la utopía, una vez destruido el mito del socialismo subsiguiente a la superación del método de producción capitalista, es la inversión del milenarismo bajo la forma del miedo a la guerra nuclear o la catástrofe ecológica. Ya he mostrado cómo no se puede confundir aquella utopía con ese mito, y he apostado —como queda de manifiesto en el proyecto de *Tiempo de Paz*— por un discurso que evite ese tufillo necrofilico que suele conducir a la parálisis y aleja de una actitud participativa a amplios sectores de la población⁸.

Pero la única manera legítima de alejarse de ese milenarismo invertido, de ese tufillo necrofilico, es comenzar por mirar de frente nuestra situación actual. Dicho directamente: rasguemos de una vez el velo mágico de los temores (o la guerra nuclear y la catástrofe ecológica) y veamos qué queda detrás.

«Lo que está en juego no es solamente la paz, sino la propia supervivencia de la raza humana. El empleo de una parte relativamente pequeña de los arsenales nucleares actualmente existentes bastaría para eliminar la vida humana de la faz de la tierra. Esta situación nos afecta a todos, y todos debemos aportar nuestro esfuerzo para buscar fórmulas que ayuden a mejorar el actual clima internacional». Frases como estas son hoy frecuentemente pronunciadas por los mandatarios políticos, sin fronteras ideológicas: de Ronald Reagan (discurso de septiembre ante la Asamblea General de la ONU) hasta la declaración de los cuatro continentes encabezada por Palme. (Las frases antes mencionadas corresponden al texto de adhesión a dicha declaración emitido por Felipe González, en calidad de Presidente del Gobierno.)

¿Hasta qué punto declaraciones como éstas son exageraciones políticas? Parece que hay que admitir la capacidad destructiva de los arsenales existentes, pero caben aún otras preguntas: ¿Es realmente cierto que una confrontación nuclear entre las superpotencias pone en peligro la especie humana? Más aún, ¿tienen alguna base los juicios sobre el peligro de guerra nuclear?

Algunos estrategas con coraje han enfrentado la primera pregunta. Colin S. Gray y Keith Payne mostraron en 1980 como, lejos de liquidar la humanidad, una estrategia seriamente pensada de primer golpe podría desarticular la URSS al precio de unos veinte millones de muertos en Estados Unidos (no hicieron ninguna mención a lo que ocurriría con Europa en una situación así). Inmediatamente fueron respondidos por expertos norteamericanos que aseguraban que esa cifra sólo estaba referida a las víctimas directas (*blast mas early fall-out*) y no a las cifras globales subsiguientes, que podrían acercarse a los cien millones. Y es posible que las secuelas afectaran a varias decenas de millones más. Pero en todo caso, siempre quedarían vivos algunas decenas de millones de norteamericanos. Y conforme se descendiera por el hemisferio sur menos efectos tendría la confrontación. (Naturalmente, es muy probable que Europa hubiera pasado definitivamente a la Historia) ⁹.

Estos cálculos podían ser descarnados pero tenían su base. Sin embargo, ya por entonces varios institutos científicos habían comenzado a estudiar los efectos globales que sobre la envoltura del planeta tendría una confrontación nuclear. El primer estudio conocido fue el informe AMBIO, de la Real Academia de Ciencias de Suecia. El comentario de sus conclusiones movería probablemente a la morbosidad, así me limito a decir solamente que en ellas ya se apuntaba la idea del desequilibrio climatológico general ¹⁰. Dos años más tarde, un centenar de científicos reunidos en Cambridge daban carta de naturaleza al llamado *invierno nuclear*. Posteriormente, Carl Sagan, profesor de Astronomía y Ciencias espaciales, se encargaba de informar del descubrimiento: «En suma, el frío, la oscuridad, la radioactividad, las pirotóxicas y los rayos ultravioletas que seguirían a una guerra nuclear podrían colocar en peligro la vida sobre el planeta... Estamos realmente ante el riesgo de la extinción de la humanidad» ¹¹.

Bien, se trata de conclusiones científicas, pero ¿exentas de errores? Decididamente no. Los científicos son los primeros que advierten que sus cálculos deben ser contrastados con la experimentación. Habrá que esperar que el celo analítico no nos lleve a pasar de la teoría en este caso. De cualquier forma, desde una perspectiva política no es necesario; se tienen los suficientes datos como para saber que hemos tocado fondo.

No obstante, estos datos nos hablan de los efectos de un supuesto poco probable: una confrontación nuclear. Pero todavía hay que preguntarse si existen riesgos —que haya que tomar en cuenta— de un enfrentamiento de ese tipo. Buena parte de los que están contra la carrera de armamentos emiten el siguiente discurso: tal carrera es completa-

mente rechazable por sus costos, tanto para las economías centrales como para las del hemisferio sur (donde las comparaciones en términos cuantitativos afectan cualquier sensibilidad), pero lo del riesgo de guerra se presta a la especulación menos seria.

Y esta prevención es completamente sana. Ahora bien, si la pregunta está hecha sería irresponsable tratar de eludirla. En la comunidad de defensa norteamericana (y previsiblemente en la soviética), así como en los círculos de la *peace research* de todo Occidente, se han hecho estudios sobre los riesgos de un enfrentamiento nuclear. Los expertos han identificado más de una decena de causas que pueden provocar una guerra no deseada. Aquí vamos a excluir una importante cantidad (crisis mental de dirigentes militares o políticos, etc.) y examinar los casos de los que ya existen datos ¹².

Hasta los años setenta (acceso al equilibrio estratégico) dos han sido las causas más conocidas: el riesgo por conflictos locales y crisis, y el área de los errores técnicos y humanos. De parte de Estados Unidos se sabe que, hasta 1975, sus fuerzas estratégicas han sido puestas en alerta máxima —después de Corea— en: la crisis de Suez de 1956; la crisis de Jordania de 1958 (sólo Mando Aéreo Estratégico); la cubana de los misiles de 1961 (durante seis días); la guerra de Yom Kippur de 1973; además de una serie de alertas parciales (bloqueo de Berlín, crisis húngara, Vietnam, etc.).

En cuanto a la lista de accidentes —e incidentes— conocidos: mayo de 1953 (escapes en prueba nuclear «Harry»); enero 1956 (bombardero deja caer bomba atómica en Kirtland, Nuevo México); julio del 56 (B-47 derrama combustible depósito bombas nucleares en Lakenheath, Inglaterra); febrero del 58 (caída de bomba atómica en la base de Hunter, Georgia); junio del 60 (incendio en base de misiles, Nueva Jersey); octubre 1960 (error en radar de Thule transmite ataque masivo de misiles soviéticos); junio 1962 (avería en pruebas de un ICBM en Johnston Island); abril 1963 (submarino estratégico Thresher desaparece en costa atlántica, EE.UU.); enero 1966 (caen de un B-52 cuatro bombas H en Palomares, España); enero 1968 (se estrella en Groenlandia un B-52 y desaparecen cuatro bombas H); octubre 1969 (choca un B-52 con cargas en Glen Bean, Kentucky); febrero 1971 (mando aéreo transmite accidentalmente orden de silencio para esperar la orden de ataque del Presidente); febrero 1972 (mensaje erróneo sobre el asesinato de Nixon en China a la unidad 22); octubre 1975 (bomba de 20 kilotonnes cae en pozo de pruebas, Nevada); agosto 1978 (gas oxidante cubre la base de misiles Titán II, en Rock, Kansas).

En el caso de la URSS la lista es más breve porque la falta de información es mucho mayor. Lo que se ha podido conocer es que: en 1958 hay una explosión de residuos en Blagoveshensk que forma nube nuclear y provoca numerosas víctimas; en 1960 explota un cohete lunar; en 1968 un bombardero estratégico se hunde en el Pacífico tras una explosión de causas desconocidas; en 1970 se hunde un submarino nuclear en el Atlántico oriental; en 1974 explota un destructor teleguiado, con misiles nucleares, en el mar Negro; en 1976 un submarino soviético portamisiles choca en el Jónico con la fragata estadounidense «Vago»; en 1982 un submarino nuclear escalla en las costas de Suecia.

A comienzos de los años setenta, a pesar de las declaraciones sobre la imposibilidad de riesgos de conflicto por accidente, las dos superpotencias llegan a la conclusión de que hay que tener en cuenta esa posibilidad y estudian medidas para evitarlas. En 1971 se firma el *Acuerdo sobre medidas para evitar el riesgo de guerra entre Estados Unidos y la Unión Soviética*. El texto se refiere a la inmediata información ante accidente y ante cualquier alarma que recogan los sistemas de prevención sobre un ataque enemigo. Este acuerdo se complementa con otro sobre *Medidas de modernización del teléfono Rojo*.

Ahora bien, lo paradójico es que estos acuerdos tienen lugar justo cuando comienzan a ser puestos en práctica los sistemas que conducen a una estrategia nuclear diferente: la que corresponde al primer golpe. Tal estrategia nace como producto de dos factores: los avances tecnológicos y la exigencia militar de salir del *impasse* creado con el acceso —por parte soviética— al equilibrio estratégico. Pero en cuanto a lo que aquí interesa, la cuestión es que al inicio de la década siguiente (los ochenta) han cambiado notablemente las condiciones de prevención de riesgos: se han acortado brutalmente los tiempos de reacción y han crecido los índices de precisión y daños. Además, la estrategia de primer golpe —bien pensada, como sugieren sus estrategias— exige como prioritario el factor sorpresa, lo que invita a desconfiar de las informaciones previstas en el Acuerdo de 1971¹³.

En todo caso, los datos de los últimos diez años no son precisamente optimistas. Por un lado ha crecido el número de alertas erróneas, y por otro ha disminuido el nivel de información sobre errores. En noviembre de 1979 la falsa alarma del Mando Aéreo sobre un ataque preventivo soviético sólo se resolvió tras la movilización de los aviones de interceptación y la alarma al conjunto de sistemas balísticos. En el fallo de los ordenadores del Mando Aéreo de junio de 1980, la falsa alarma se respondió con el despegue de cien B-52 estratégicos, la alerta máxima del sistema de misiles y de los submarinos estratégicos desplegados por todo el mundo. Pero lo que más asustó a los especialistas norteamericanos fue el posterior informe del Comité de Asuntos Militares del Senado donde se recogían todas las alarmas menores y mayores entre enero de 1979 y junio de 1980. La cifra era de 3.703 en todo el sistema defensivo para ese período de dieciocho meses. Mientras tanto, se repetían las quejas y las acusaciones de las dos superpotencias en cuanto a la falta de información respectivas. En 1979, tras la falsa alarma del Mando Aéreo, Moscú acusó a Washington de no haber informado «*deliberadamente, para ver qué tipo de reacción tenían los soviéticos*». Nada hace pensar que el empeoramiento de relaciones que siguió después de 1980 contribuyera a aumentar las informaciones mutuas.

Otro dato del conocimiento de riesgos es lo que se llama la concatenación de factores (que, afortunadamente, no ha tenido lugar). Se trata de que varios factores de riesgo tengan lugar al tiempo o uno tras otro. Dos ejemplos: una alarma global errónea (de ordenador) después de un incidente real, como el abatimiento del Jumbo surcoreano; o —en relación con las estrategias de primer golpe— el problema de seguridad de los submarinos estratégicos: para asegurar la *second strike capability* los submarinos tienen un tiempo de espera, tras una alarma general sin comunicaciones, para efectuar los disparos; los expertos han advertido ya del riesgo que tiene la concatenación de una alarma general errónea y el deterioro del sistema de comunicaciones con un determinado submarino o un posible incidente con una nave soviética.

Esta es alguna de la información existente en cuanto al riesgo de guerra nuclear. Examinemos ahora el otro riesgo mencionado por Paramio: la catástrofe ecológica a medio plazo.

Para analizar este otro elemento de la coyuntura en que nos encontramos es necesario partir de un factor básico en cualquier estudio de prospección: las necesidades humanas en treinta años más. El índice fundamental para ello es la previsión de población. Los datos primarios de la Conferencia de Población de México son los siguientes: si se siguen los índices de crecimiento óptimos, los 4.800 millones actuales podrían estabilizarse en el año 2100 sobre unos 10.200 millones (índice cero). Ahora bien, para que estabilizara en ese año la población se necesita que los 150 países asistentes cumplan con el compromiso de sus respectivas cifras cuantitativas mediante la planificación. Y en este punto los expertos coinciden en tener muy poca certidumbre.

Esta perspectiva poblacional hace pensar en dos cosas: una, que resulta difícil prever el mejoramiento de las condiciones de vida del hemisferio sur, y otra que, si se desarrollan los sistemas productivos actuales y en gestación, para satisfacer el crecimiento de demandas (otra cuestión es que sean solventes) no hay duda de que es necesario enfrentarse al riesgo de catástrofe ecológica a medio plazo (a menos que se cambiara toda una serie de criterios básicos de funcionamiento de los sistemas).

De partida, el naciente *technology push* no indica una corrección en el modelo de desarrollo, sino más bien una profundización. Cinco líneas presenta ese salto: 1) la tecnología de la energía (reactores de fisión y fusión, otras tecnologías como los colectores solares o la fotobiológica); 2) la referida a la información e informatización (microprocesadores); 3) la tecnología biológica (cuyas posibilidades son difíciles de medir); 4) la que se refiere a la explotación marítima (especialmente la minería oceánica), y 5) la integración de las tres primeras en la tecnología global del espacio (estaciones espaciales).

La orientación de este *technology push* supone: acelerar factores de polución, permitir posibilidades nuevas de destrucción (minería marina), establecer opciones positivas o negativas en el desarrollo de las especies, desconocer necesidades de regeneración. Dicho de otra forma: una parte de la nueva tecnología es orientable ecológicamente, pero otra parte ni siquiera es tan inocente y ya nace como agresión al medio. Mientras tanto, no se conoce un proceso de regeneración que opere en sentido contrario. Por esas razones, todas las proyecciones que se han hecho hasta ahora (*Club de Roma*, *Global 2000* o *Global Future, time to act*), indican que el nuevo siglo verá un mundo con un claro desequilibrio ecológico, en algunos casos de forma irreparable.

No se trata de hacer una larga exposición de ejemplos (los bosques desaparecen a una velocidad de 18 a 20 millones de hectáreas por año, etc.) o de estudiar factores de agresión directa a la especie humana (relación estadística del cáncer con polución o nuevas tecnologías alimenticias), sino más bien de ver el resultado de todos los factores y sus interrelaciones. Pero los ensayos que se hacen en este sentido, como el realizado por ordenador en *Global 2000*, ofrecen resultados pesimistas: cuantos más *feed-backs* integradores se establezcan en las tendencias evolutivas empíricamente observables en las últimas décadas, en los ámbitos de población, recursos y medio ambiente, más catastrófico aparece el resultado de conjunto en el plazo medio ¹⁴.

La respuesta de la izquierda

Ante los datos que ya poseemos cabe —como he dicho— adoptar un discurso catastrofista o mirar para otro lado, pero se supone que una teoría y una política de izquierdas debería hacer otra cosa: 1) analizar la gravedad de la situación, y 2) construir el discurso y el programa que correspondan.

Pero si aceptamos los presupuestos anteriores deberíamos ser tremendamente humildes. Paramio no encuentra dificultades en describir así el movimiento por la paz: «el propio carácter del movimiento pacifista es significativo: lo que moviliza en contra del despliegue de los misiles no es la convicción de que éstos son inútiles o peligrosos para el mantenimiento de la paz, sino el puro temor a la guerra, sin mayores cálculos ni elaboraciones. El pacifismo funciona —en cuanto movimiento social— dentro del horizonte mítico, más allá de toda estrategia política, de todo cálculo racional. Es en el sentido weberiano, manifestación de una visión mágica de la sociedad ¹⁵.

En primer lugar cabría preguntarse si, tal y como están las cosas, esta actitud «sin mayores cálculos ni elaboraciones» es positiva o no para el futuro de la especie humana. De mi parte no puedo sino subrayar que tiene mayor relación con la realidad que la de sus críticos: son esas «reacciones *positivas* de defensa y protesta como las que encarna el movimiento pacifista» (subrayado mío), a las que se refería el propio Paramio a comienzos de 1983 ¹⁶.

Pero en seguida hay que entrar en el fondo del asunto: ¿Qué información se posee para afirmar que el pacifismo funciona «más allá de toda estrategia política, de todo cálculo racional»? ¿Qué quiere decir ese atenuante de que actúa así «en cuanto movimiento social»?

Si lo que se quiere decir es que todo movimiento social actúa con imágenes simplificadas, con una perspectiva en términos absolutos, entonces se trata de una afirmación poco útil para identificar al pacifismo. Porque también sería aplicable al movimiento socialista, por poner un solo ejemplo.

Pero si lo que quiere decirse es que el movimiento pacifista trabaja especialmente así, entonces hay que responder a una serie de preguntas: ¿Es hoy o no la investigación de paz y conflictos una de las áreas más importantes de la investigación científica? ¿Son en Europa sus autores más destacados, Myrdal, Kaldor, Thompson, Coates, Barnaby, Galtung, personas al margen del movimiento pacifista o por el contrario son quienes *personalmente* discuten y aportan ideas para trabajar por la paz? ¿Qué información se tiene sobre el debate en los principales movimientos y campañas en Europa? ¿Existe o no literatura especializada que permita la construcción de fundamentos? ¿Cuando se habla del movimiento pacifista se hace referencia al movimiento organizado o a los cientos de miles de personas que convoca? ¹⁷.

Porque podría resultar que los sentimientos de «puro temor a la guerra» sean los de amplios sectores de la población europea, que luego acuden a las convocatorias. Aunque eso nos llevaría a una pregunta delicada. ¿Qué movimiento social en Europa está tratando de convertir esos sentimientos de miedo en políticas racionales de paz? Más aún, ¿qué movimiento social en Europa está tratando de reunir en el continente las reivindicaciones de paz y derechos humanos?

Algo similar sucede con el movimiento ecologista. Es curioso como Feher y Heller no tienen problemas a la hora de describir con ligereza a pacifistas y ecologistas, los cuales no serían otra cosa que románticos, pero —quizá con más cuidado— acaban advirtiendo a los socialistas que «no deben cerrar los ojos al hecho de que el movimiento romántico de los ecologistas podría desembocar en la más poderosa de tales revoluciones» ¹⁸.

Pero además este tipo de descripciones ligeras deben contar con un peligroso efecto *boomerang*: el de la legitimidad. Porque si aceptamos la gravedad de la situación, si pensamos que las amenazas de que habla Paramio constituyen, al decir de Feher y Heller, «el infierno subyacente de nuestra civilización que no podría dar origen a ningún orden humano con sus esfuerzos» ¹⁹ en ese caso los nuevos movimientos sociales pueden tener defectos, pero ¿qué ha hecho la izquierda tradicional —radical o moderada, fiel a Marx o crítica de Marx— para impedir que lleguemos a esta situación? Pues hemos de decirlo con vergüenza: excepto en países muy concretos, con tradiciones específicas, como es el caso de Suecia o Austria, tremendamente poco. Algunas frases rituales, algunas reflexiones aisladas, algunas menciones en los textos programáticos. Eso es todo lo que hemos hecho mientras el reloj avanzaba hacia la medianoche. Es una verdad incontestable que

la fuerza fundamental de los nuevos movimientos sociales ha surgido al margen o en la periferia de los partidos de izquierda. Puede que ellos encarnen *la ideología de la supervivencia*, mientras en la izquierda seguíamos en la más seria *ideología de la alienación*, pero resulta ridículo que no nos hayamos dado cuenta antes (¿cuántos se dan cuenta todavía?) de que desde el comienzo de la era nuclear era necesario un conjunto que incluyera las dos ideologías.

Y, sin embargo, no faltaron los que, entendiendo el cambio y previendo a dónde se podía llegar nos invitaban desde el inicio de la era nuclear, a «aprender a pensar de una nueva forma». Pero la actitud que la izquierda tuvo con Russell, Einstein y otros científicos fue precisamente esa: científicos apolíticos o románticos. Pues bien, con la información que hoy tengo en la mano no puedo explicarme el sinsentido de nuestra cultura política: hasta las actuales generaciones todos hemos comenzado leyendo el *Manifiesto Comunista*, cuando el desarrollo de esa invención que nos ponía al borde de la destrucción (Neller) nos estaba exigiendo iniciar nuestra formación cultural leyendo también el *Manifiesto Russell-Einstein* (un papel que la izquierda debería pedir que se incluyera en las lecturas de los libros de texto)²⁰.

En realidad, la historia teórica de la izquierda occidental es bastante penosa. Desde fines de los sesenta, el movimiento feminista rompió su esquema de luchas estereotipadas al margen de la vida cotidiana. En la primera mitad de los setenta el movimiento ecologista mostró el riesgo del industrialismo como progreso. Y, con el nacimiento de los ochenta, la explosión del pacifismo nos hacía caer en la cuenta que la era nuclear suponía un salto cualitativo. Todo un ejemplo de imaginación el de la izquierda.

Ultimamente, en algunos sectores —más dedicados al trabajo intelectual que a la dirección política— se empezó a evidenciar la necesidad de integrar esas reivindicaciones nuevas en discursos y programas. Algo que traía consigo las dificultades inherentes a la priorización que hacía falta para resolver las contradicciones que se originaban. Parece que todavía no era suficientemente claro que las feministas, los ecologistas y los pacifistas formaban ese paquete alternativo (*verde* o como se le quiera llamar) que, lejos de tener que integrarse en el programa tradicional, es parte tan fundamental como el resto de una izquierda que ejerza de tal a esta altura de la era nuclear.

En efecto, hemos de empezar a pensar de una forma nueva. ¿De qué nos sirve esforzarnos en resolver la crisis económica si lo hacemos profundizando la catástrofe ecológica que ya ha comenzado o sin contribuir a la resolución de la crisis de seguridad que ha estallado en Europa?

Ha llegado la hora de la reconversión ideológica global de la izquierda. Llevamos un retraso increíble en la comprensión del verdadero significado de la era nuclear en que vivimos desde hace cuarenta años. Esto no significa —como algunos creen— que haya que olvidarse de nuestra cultura tradicional de lucha contra la alienación. Significa, simplemente, que necesitamos un programa nuevo.

Y para evitar un discurso en abstracto, voy a atreverme a sugerir los ejes de lo que sería la mencionada reconversión.

La primera prioridad tiene que estar referida a los aspectos más urgentes de la ideología de la supervivencia. Así, en la declaración de intenciones debe constar formalmente, *en primer lugar*, la lucha por la paz y el desarme. La lucha por la libertad y contra la explotación no tienen sentido si no parten de este principio *en la era nuclear*. Como afirman Feher y Heller: «Si se produce un enfrentamiento nuclear general, las condiciones

mínimas de la buena vida desaparecerán de una vez por todas (cosa que se puede decir con seguridad), así como las de la mera vida (cosa que se puede decir con toda probabilidad). Si pereciera todo el sistema en el cual categorías como libertad, dignidad humana, racionalidad, etc., pueden ser aplicadas (y ciertamente no se aplican a las galaxias no habitadas por seres humanos, que son invenciones exclusivas nuestras), cualquier inversión de energías morales en su defensa carecería de sentido. Por supuesto, los fanáticos de la moral podrían argüir que ningún acto moral va más allá de sí mismo, ya que el carácter moral reside en el propio acto. Un argumento similar es que siempre ha habido comunidades humanas que han preferido la muerte colectiva (pensemos en la muerte de los habitantes de Masadá, en tiempo de la guerra de los judíos contra Roma; en la muchas tribus indias que escaparon de la opresión blanca mediante el suicidio) a una vida indigna desde su punto de vista. Pero en el caso de un holocausto nuclear no se aplica siquiera un argumento de este tipo. Todos los presidentes y secretarios generales que estén en condiciones de decidir el suicidio colectivo de su comunidad optarán, por el mismo acto, por el suicidio de todas las comunidades existentes. Repetir esto es el fin de toda elección moral»²¹.

Naturalmente esta convicción moral no puede quedarse en mera retórica, sino que tiene que tener su correspondiente traducción en asuntos de política interna (educación, investigación, etc.) y, sobre todo, de política internacional (debilitamiento de política de bloques, independencia para una política activa de paz, etc.). Y esto no significa que haya que optar por actitudes radicales que signifiquen la reivindicación permanente de medidas unilaterales. Significa que hay que determinar una política profunda de trabajo por la paz y el desarme (donde, como afirma Thompson, las medidas unilaterales están entrelazadas con opciones multilaterales de desarme). Y, desde luego, las contradicciones que se presenten (industria de exportación de armas, por ejemplo) deberán ser resueltas de acuerdo con esa prioridad del trabajo por la paz.

El otro eje de la reconversión programática tiene que ver con la forma de resolver la crisis económica. Ya se ha dicho que —de acuerdo con nuestra ideología contra la alienación— la salida de la crisis ha de suponer una posición mejor, en cuanto a las decisiones sobre el desarrollo socio-económico del conjunto de las clases dominadas. De ahí la fórmula de comienzos de los setenta de la *política de austeridad con contrapartidas*. Pues bien, a esa perspectiva hay que agregarle ahora la idea de que no podemos salir de la crisis con un aparato productivo reconvertido, pero igual o más depredador que el anterior. Alguien puede decir que si la política de ajuste con contrapartidas tiene un montón de dificultades, introducir encima una perspectiva ecológica *en serio* puede ser la locura. No está claro que tal perspectiva implique siempre complicaciones, pero en aquellos terrenos en que sí provoque contradicciones es necesario no olvidar que *se trata de nuestra supervivencia*. No puede pensarse el desarrollo como hace dos siglos. El industrialismo como ideología es algo que pertenece al pasado —calando profundamente en Marx— y que hay que sustituir. La imaginación de la especie se enfrenta ahora a una partida doble: el futuro será electrónico y robotizado, pero también más verde o no será.

Ahora bien, para resolver esta crisis —y al decir *esta* me refiero a las actuales estructuras políticas, excluido un cambio violento similar al pasado— no puede usarse una política de doble lenguaje. No se pueden exigir criterios ecológicos de supervivencia y seguir presionando —fundamentalmente a través de los salarios— para un mayor consumo directo. Sencillamente hay que elegir. Es decir, la demagogia está desterrada de la solución de esta crisis. Aunque ello signifique aceptar: 1) que la reconversión industrial es necesaria; 2) que la política de solidaridad entre los trabajadores con más capacidad de negociación y presión y el resto de las clases trabajadoras es indispensable para llevar adelante esa reconversión, y 3) que las correcciones ecológicas necesarias pueden complementar en

unos casos tal reconversión, pero en otros introducir costos suplementarios. La izquierda —en su conjunto— debe asumir estas nuevas realidades, sin que sea necesario para ello escoger distintos papeles.

Me explicaré. En Alemania Federal ha sido necesaria la ruptura con la izquierda tradicional para ofrecer a la población un programa verde. Y a pesar de las dificultades de organización del propio partido verde —y de la propaganda pública que se ha hecho de ello— *todas* las elecciones de los últimos dos años han mostrado que hay un electorado creciente para esa opción. En ese contexto se produce una especie de reparto de papeles: los socialdemócratas siguen respondiendo a las exigencias de consumo de la mayoría de la clase trabajadora alemana, mientras los verdes son la conciencia crítica, pacifista, feminista, ecologista de esa política de consumo. Cabe preguntarse si esta distribución será eterna o si algún día se hará una política rojiverde. Como cabe preguntarse si esta división será necesaria en el resto de Europa. En realidad, eso dependerá en buena medida de si las formaciones políticas tradicionales son capaces de hacer la reconversión ideológica a tiempo. En todo caso, lo que es indiscutible es que el programa de la izquierda *en su conjunto* no puede excluir ya ninguna de las dos partes.

El otro eje de esa reconversión ideológica atraviesa el bloque de los derechos y libertades (del Código Civil, si se quiere) aunque es mucho más amplio: se trata de la reconversión de la sociedad en otra no patriarcal. Y no se hace este planteamiento desconociendo las dificultades prácticas: los choques con instituciones claves (iglesia, etc.) o las contradicciones dentro del programa (el acceso de la mujer al trabajo en una coyuntura de paro creciente). Se trata más bien de reconocer la realidad: la resolución de la crisis también habrá encontrado fórmulas compatibles con la emancipación de la mujer, o no habrá salida posible (mucho menos sería una salida de la izquierda). Incluso me atrevería a decir que la reconversión de la sociedad en una no patriarcal significa la clave del arco de la reconversión general de valores.

No estoy diciendo con ello que la mujer tenga una naturaleza más pacifista o más ecologista como algunos sectores pretenden. Se trata de reconocer que al hombre se le han asignado históricamente los valores contrarios. Si la *máquina masculina* es una construcción únicamente del mismo hombre o si fue una exigencia de la especie eso es algo difícil de saber. El hecho indiscutible, desde un punto de vista antropológico, es que —a menos que creamos en errores originales— la lucha por la dominación del planeta que ha llevado adelante esta especie, desde que se manifestó como *homo erectus*, se ha desarrollado sobre los valores de la máquina masculina. Primero fue la lucha por sobrevivir frente a las otras especies, después por predominar entre otros sectores de la misma especie: siempre por tratar de dominar «los elementos». Y con el modo de producción capitalista se cristalizó la esquizofrenia: por un lado se abrió paso la cultura de los valores armonizadores (libertad, igualdad, fraternidad) pero por otro se multiplicaba la utilidad de los valores agresivos (el luchador que se abre camino en la vida) en la necesidad social de la acumulación del capital. En todo caso, el resultado es que sólo tres siglos después nos encontramos con un planeta superpoblado, ecológicamente deteriorado y ante la posibilidad de que —mediante una invención humana— desaparezca la vida en casi todas sus especies. Y, sin necesidad de establecer determinismos, el hecho tangible es que se ha llegado a esta situación a través del sistema de valores propio de la máquina masculina, o, en términos más amplios, de la sociedad patriarcal. La destrucción de ese sistema —en la que está interesada especialmente la mujer— puede —y sólo digo *puede*— abrir caminos a una cultura de valores armonizadores que contribuya a cambiar el rumbo de la especie, que algunos califican de carrera hacia el suicidio ²².

Muchos mitos caerán con ello. Pero tales caídas servirán para alimentar una utopía menos encorsetada. Paramio se pregunta si existen alternativas a las viejas utopías o a su

nueva versión como antiutopía; si es la amenaza del milenio, ya sea bajo la forma de guerra nuclear o de catástrofe ecológica, lo único que puede convertirse en la nueva utopía.

Lo primero que hay que considerar en esa pregunta es la base de que parte. Porque no se hace a partir de una evaluación de la realidad de la amenaza (que llevaría a algunos a la idea de la antiutopía). Se hace manteniéndose siempre dentro de los límites de la ideología de la alineación. Y es desde esa perspectiva como se descubre, no que ha caído tal o cual mito, sino que la utopía está hecho pedazos. Ahora bien, en la historia de la ideología de la alienación (la historia de la izquierda), ¿cuántas veces se ha visto ese mismo proceso? Se han escrito ríos de tinta sobre la liquidación de la utopía, o sobre la desaparición de eso que Felipe González llama la *tensión utópica* de los colectivos y las personas (algunos autores, como Isaac Deutscher, han dedicado la parte más creadora de su vida a explicar ese fenómeno).

La respuesta que da el propio Paramio es la de la política desencantada. Y con una punta de cinismo llega a la conclusión de que el papel de los intelectuales puede ser el criticar al poder, por un lado, y, por el otro, racionalizar los movimientos. Pero esa «esquizofrenia» es tan vieja como nuestra historia y nada tiene que ver con el desencanto. Si queremos ser cínicos seámoslo acabadamente: en la historia humana siempre ha habido quienes han escrito sobre el cambio necesario y quienes han defendido lo establecido. Imaginemos ahora que esa sea una historia eterna en el mejor de los casos. En el peor, que sea una historia breve. Pero, tanto en un caso como en otro, creo que podemos elegir nuestra posición sin prejuicios. Adoptamos el papel de entusiastas del cambio en el teatro del mundo no porque vamos a salvar la humanidad, ni porque estamos enamorados de nuestra especie, sino simplemente porque nos gusta, porque encontramos este papel mucho más divertido que otros.

En todo caso puede haber otra respuesta. La que parte de la necesidad de entender las razones que exigen hoy una ideología de la supervivencia, al lado de la tradicional. Y que, sin embargo, no se transforma en la antiutopía apocalíptica. Todo lo contrario: trata de limpiar la utopía de presunciones exageradamente precisas, de discusiones trascendentales sobre quién es el sujeto de la Historia (algo que no importa lo más mínimo en el seno de los nuevos movimientos sociales) y, en esa dirección, desarrollar su aspecto lúdico, en provocación biofílica (que, desde luego, no nos impide ir al cine, tener hijos—no demasiados, por favor— o tomar copas).

Esa actitud menos trascendente está guiada por una tensión utópica que, por oposición a la ideología militante tradicional, busca «aproximar» todo lo posible la utopía, estirarse hacia ella. De hecho, la ideología de la supervivencia va ligada a la búsqueda de vías para mejorar la calidad de la vida. Por eso, muchos grupos alternativos rechazan verse dentro de una ideología calificada «de la supervivencia». Prefieren llamarla la ideología de la vida mejor. Si he utilizado aquí esa definición es porque, desde el punto de vista de la especie humana, es eso —su supervivencia— lo que está en juego. Aunque quizá lo que haya que hacer para supervivir sea tratar de vivir mejor. ¿Utopía?

Feher y Heller han visto —a pesar de sus críticas ligeras— claramente ese horizonte utópico cuando concluyen: «¿Es esa perspectiva, y especialmente el ajuste de los objetivos antinucleares a unos ideales radicalmente democráticos, demasiado utópica? Tal vez. Pero cuando el mundo se enfrenta a una posibilidad de autodestrucción creada por él mismo, sólo la utopía puede recuperar una realidad de reservas muy limitadas»²³.

Y a partir de esa tensión utópica es perfectamente posible contribuir a la formulación de una estrategia sensata en los movimientos. Aunque tal vez para ello —y usaré una frase que le encanta a Paramio— sea necesario dejar de verlos «a una distancia más que prudencial».

- ¹ Visión antropológica de la cultura como conjunto. Marvin Harris, *La cultura norteamericana contemporánea. Una visión antropológica*. Madrid, Alianza Ed., 1981.
- ² Ludolfo Paramio, «La utopía hecha pedazos», *Leviatán*, n.º 15, 1984, págs. 44 y 45.
- ³ No hay que confundir el mito de Marx de que la superación del modelo de producción capitalista nos conduciría al socialismo con el de la sociedad reconciliada, que apenas es de Marx, sino abrumadoramente de Engels (sin que haya que echarle todas las culpas a Engels de los errores de Marx).
- ⁴ Jost Herbig, *El final de la civilización burguesa. El futuro económico, técnico y social*, Barcelona, Grijalbo, 1983, pág. 304.
- ⁵ Karl Marx, *Fundamentos de la crítica de la economía política* (Efectos de la circulación sobre la determinación del valor). Siglo XXI, Madrid.
- ⁶ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional*, citado por Herbig en pág. 297.
- ⁷ Ver Harris, pág. 195.
- ⁸ Ver presentación de *Tiempo de Paz*, n.º 1. Madrid, 1984.
- ⁹ Colin S. Gray y Keith Payne, «La victoria es posible», *Tiempo de Paz*, n.º 3. Madrid, verano de 1984.
- ¹⁰ Informe AMBIO (conclusiones), en *Tiempo de Paz*, n.º 2. Madrid, primavera 1984.
- ¹¹ Carl Sagan, *Nuclear War and Climatic Catastrophe: some policy implications*, Foring Affairs, Otoño 1983.
- ¹² Datos obtenidos de: Andrew Wilson, *The disarmament handbook* (hay traducción en Debate, Madrid, 1984); Arthur Macy Cox, *Russian Roulette: The superpower game*, Times boock, New York, 1982; Christopher Chant and Ian Hogg, *Nuclear War in the 1980's?*, Harper & Row, New York, 1983; Ground Zero, *Nuclear War: what's in it for you?*, Pocket B. N. York, 1982.
- ¹³ Ver Robert C. Aldridge: *First Strike. The Pentagon's Strategy for Nuclear War*. South End Press, Boston, 1983.
- ¹⁴ Hay traducciones, del *Global 2000*, en Tecnos, Madrid, 1983, y del *Global Future, time to act*, en Siglo XXI (en preparación). Ver también comentarios al *Global 2000* en Herbig, *op. cit.*, y en su prólogo (de Antoni Doménech).
- ¹⁵ Paramio, *op. cit.*, pág. 49.
- ¹⁶ Ludolfo Paramio, «Entre la guerra y la cooperación económica: Una alternativa para Europa», *Zona Abierta*, n.º 27, Madrid, 1983.
- ¹⁷ Ver el «Dossier Perusia 1984», en *Tiempo de Paz*, n.º 4.
- ¹⁸ F. Feher y A. Heller, «Las antinomias de la paz», *Leviatán*, n.º 10, pág. 67.
- ¹⁹ Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 71.
- ²⁰ Ver «Manifiesto Russell-Einstein», en *Tiempo de Paz*, n.º 1.
- ²¹ Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 70.
- ²² Para un análisis de las características de la máquina masculina en nuestro tiempo, ver Marc F. Fasteau, *La máquina masculina*, Ed. Latinoamericana, Buenos Aires, 1974.
- ²³ Feher y Heller, *op. cit.*, pág. 75.